

sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesus para hacerle morir. *Y declarándole reo de muerte* le condujeron atado y entregaron al presidente ó gobernador Poncio Pilato para pedirle que hiciese morir á Jesus á quien ellos segun la ley habian condenado á muerte; pero que no podian efectuar por sí, á causa de haberlos privado los romanos de este derecho. Así que solo Pilato, representante del emperador romano, de quien entonces dependian los judíos, podía mandar que Jesus fuera crucificado. Al ver el traidor discípulo Judas que habian los judíos sentenciado á su divino Maestro, arrepentido de lo hecho (1) restituyó las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente.... y arrojando el dinero en el templo se fué; y *desconfiando de la misericordia divina buscó un árbol*, se echó un lazo al cuello y así desesperado se ahorcó. Tal fué el término, mis amados, de este mal discípulo, y ese mismo tendrán los que le imiten; esto es, morirán desesperados; en desgracia de Dios; y su paradero será irremediamente el infierno. ¡Librenos Dios de este mal!

Presentado que fué Jesus nuestro amabilísimo Redentor á Poncio Pilato, preguntó este á los judíos (2). ¿Qué acusacion traéis contra este hombre? Si no fuera malhechor, contestaron ellos, no le hubiéramos puesto en tus manos. Le hemos hallado (3) pervirtiendo á nuestra nacion, y vedando pagar los tributos al César, y diciendo que él es el Cristo ó el ungido rey de Israel. Oido que hubo esto Pilato, interrogó á Jesus diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Así es, como tú dices, respondió el Señor; pero mi reino no es de este mundo. Otras muchas cosas preguntó el presidente al supuesto reo, y Jesus nada le respondió. Convenido íntimamente el juez de la inocencia del Señor y de la envidia de sus acusadores, dijo á los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: Yo no hallo delito alguno en este hombre (4). Pero ellos insistian mas y mas diciendo: Tiene alborotado todo el pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea donde comenzó, hasta aquí. Pilato *que deseaba sobre manera verse libre del compromiso en que los judíos le ponian para que condenara á Jesus*, luego que oyó, Galilea, preguntó *si aquel hombre era galileo*. Y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Herodes, remitió á Jesus al mismo Herodes, que en aquellos dias se hallaba en Jerusalem, para que fuese él quien entendiera en

(1) S. Mat., cap. 27, vv. III, IV y V.

(2) S. Juan, cap. 18, v. XXIX y siguientes.

(3) S. Luc., cap. 23, v. II.

(4) *Ibid.*, v. IV y siguientes.

la causa que contra Jesus promovian los judíos. Grande en extremo fué el gozo que Herodes tuvo por ver así á Jesus: mucho tiempo hacia que deseaba verle por las muchas cosas que habia oido de él.... Le hizo muchas preguntas, pero Jesus ni una palabra le respondió, por no ser justo satisfacer al que solo por curiosidad le preguntaba. Indignado Herodes contra nuestro Redentor por el silencio que guardó, le despreció altamente con todos los de su séquito, y para burlarse mas de él, hizo que le vistieran de una ropa blanca como á loco ó mentecato, y le volvió á enviar á Pilato. Este convocó de nuevo á los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados, juntamente con el pueblo y les probó la inocencia de Jesus: inocencia no solo reconocida por mí, dijo Pilato, sino tambien por Herodes, quien como veis, me le ha vuelto no juzgándole digno de muerte. En vista de esto, *continuó el gobernador*, y teniendo tambien en cuenta la costumbre de soltar un reo por la Pascua, ¿quereis que os ponga en libertad al rey de los judíos? No: gritaron todos á una voz, á ese no: suelta á Barrabás. Es de saber, dice san Juan Evangelista (1) que este Barrabás era un ladron: san Lucas dice del mismo, que por una sedicion levantada en la ciudad (2), y por un homicidio estaba en la carcel de modo que los judíos antepusieron á un sedicioso, ladron y homicida, al pacientísimo é inocentísimo Jesus: Nuevamente les habló Pilato con deseo de libertar á Jesus. Pero ellos se pusieron á gritar, diciendo: Crucifícale, crucifícale. Tomó entonces Pilato á Jesus (3), y mandó azotarle. Los soldados formaron *ademas* una corona de espinas entretegidas y se la pusieron sobre la cabeza; y le vistieron una ropa ó *manto roto y muy viejo* de púrpura. Y se arrimaban á él y decian: Salvé, ó rey de los judíos; y le daban de bofetadas. Ejecutado esto, salió Pilato de nuevo á fuera, llevando consigo á Jesus, y les dijo: He aquí que os le saco para que reconozcais que yo no hallo en él delito alguno. Jesus salió llevando la corona de espinas y revestido del manto ó capa de púrpura, *todo él ensangrentado y sus carnes despedazadas*, y les dijo Pilato. *Ecce homo*: Ved aquí el hombre *contra quien me pediais la muerte: ¿Qué mas atormentado quereis que esté?* Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron la voz *con mayor fuerza que nunca*, diciendo: crucifícale, crucifícale... Si sueltas á ese, no eres amigo del César... Pilato oyendo estas palabras.... y *teniendo á Jesus consigo ó cerca de él*, se sentó en su tribunal; mandó traer agua y se lavó las manos á vista de todo el

(1) Cap. 18, v. XL.

(2) Cap. 23, v. XIX.

(3) S. Juan, cap. 19, vv. I, II y siguientes.

pueblo (1). diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veáis vosotros. A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces Pilato pronunció sentencia de muerte contra Jesus Nazareno, nuestro amabilísimo Redentor y lo entregó al pueblo para que lo crucificasen. Cogieronle los soldados con la mayor alegría, y mofándose de nuevo del inocentísimo Jesus, le quitaron con violencia la púrpura andrajosa que por escarnio le pusieron, renovándole las llagas al tiempo de quitársela por estar pegada á las carnes, y habiéndole puesto otra vez (2) sus propias vestiduras, le sacaron á crucificar, despues de acomodar en su delicadísimo hombro la cruz misma en que habia de ser clavado. Pero como nuestro Redentor estaba sumamente débil, á consecuencia de tantos y tan malos tratamientos, no podia con ella, se caía en el suelo sin poderse levantar: le picaban, le tiraban de la sogá que Jesus llevaba al cuello, le daban puntapiés, pero todo era inútil, Jesus no se levantaba, porque no tenia fuerzas. Así lo conocieron últimamente los judíos, y por esto obligaron á un hombre de Cirene, llamado Simon (3) á que cargara con la cruz, esto es, que ayudara á Jesus para llevarla. Fué preciso obligar á un hombre porque todos tenían en la mayor afrenta ayudar á un reo que los judíos tenían por tan criminal, en medio de no haberle podido probar delito alguno. ¿Y cómo habian de probárselo, si Jesus era la misma inocencia? ¡Dios mio y Redentor de mi alma! ¡Quién hubiera podido no solo ayudarlos, ya que relevaros de todo punto no lo consintierais, sino haber sido crucificado con Vos mismo en el madero Santo! Si: Santo, porque Vos le tocásteis: Santo, porque en él derramásteis vuestra preciosísima sangre: Santo, porque en él completásteis la redencion del género humano. Así fué mis amados.

Con dolor inesplicable, fatigadísimo en extremo llegó Jesus al monte Calvario ó de las calaveras, que estaba no muy lejos de la ciudad, y próximo al sitio en que Abraham quiso sacrificar á su hijo Isaac, figura que fué de Cristo, y que ahora va á realizar el Hijo del Eterno Padre. Así que Jesus llegó al punto en que iba á ser crucificado, los judíos llevando su saña contra el cordero inocentísimo hasta donde ningun furor pudo llegar, le dieron á beber vino mezclado con hiel, en vez de aquella bebida que se acostumbraba dar á los ajusticiados, bien para narcotizarlos y hacerlos mas tolerables sus dolores, ó bien para darlos vigor y aliento; mas para Jesus, este acto de humanidad convirtieron los judíos en fiereza, y para

(1) S. Mat., cap. 27, v. XXIV.

(2) Ibid., v. XXXI.

(3) Ibid., v. XXXIII.

mas atormentarle, hiel y vino le dieron á beber. Jesus lo probó y no quiso beberlo (1). Desnudáronle precipitadamente por temor de que muriera sin tener el gusto de crucificarle vivo. Así desnudo, ensangrentado y casi despedazado, mandan al Señor aquellos inhumanos hombres que se tienda prontamente en la cruz. Lo hace así humildemente nuestro amantísimo Jesus, sin desplegar sus labios, y estiende por el madero santo sus manos y pies santísimos, fijos sus ojos en el cielo, ofreciendo al Padre tan terrible sacrificio para que se apiade de los hombres. Así que Jesus se puso en esta disposicion, le agujerearon las manos y los pies, y con gruesos clavos atravesados por los agujeros que al intento le hicieron, le clavaron en la cruz, y sin detenerse le levantaron á lo alto para que todos vieran que estaba vivo, y ya crucificado como deseaban. Ni paró en esto la crueldad de aquellos inhumanos, sino que discurrieron levantar cuanto pudieran la cruz, y dejarla caer de golpe en el hoyo prevenido, á fin de que por este medio se dislocasen todos sus huesos, se abrieran de nuevo todas sus llagas, y la lengua se le acabase de secar. Entretanto Jesus decia (2): Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Y ellos poniéndose á repartir entre sí, los pobres vestidos del Señor, los sortearon. Cumpliéndose así, sin ellos advertirlo, lo que estaba tantos siglos antes anunciado por los profetas.

El pueblo lo estaba mirando todo, y á una con la turba los principales de la ciudad hacian befa de Jesus, diciendo con desentonadas voces: A otros ha salvado, sálvese pues á sí mismo, si él es el Cristo ó Mesías. Ni creais, mis amados, que á solo lo indicado llegó la rabia de los judíos contra el Señor: no. Llegó á mas. Para que Jesucristo fuera mas afrentado, crucificaron con él dos facinerosos ó ladrones y pusieron uno á la diestra y otro á la siniestra del Señor, para que todo el mundo viendo á Jesus en medio de aquellos dos criminales, le tuviera por el mas malo de todos. Uno de los dos ladrones insultaba tambien á Jesus, como lo hacia el pueblo y los soldados; pero el otro tuvo la dicha de reconocer en Jesucristo al Mesías prometido y no cesaba de reprender á su compañero porque blasfemaba del Señor, mientras que él contrito y humillado dirigiendo su voz á Jesus crucificado, le decia: Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado á tu reino. Pronto el Señor siempre á consolar al triste, aun en medio de sus dolores, le dijo: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso. ¡Ladron dichoso! ¡Pecador afortunado! ¡Hombre felicísimo!... ¿Quién tuviera la suerte de oír para sí esta tan

(1) S. Mat., cap. 27, v. XXXIV.

(2) S. Luc., cap 23, v. XXXIV.

favorable sentencia? Pero no nos distraigamos ni apartemos un punto del calvario.

Sobre la cabeza de Jesus, estaba colocado un letrero escrito en griego, en latin, y en hebreo que decia (1): ESTE ES EL REY DE LOS JUDIOS. Los soldados lo mismo que otra multitud de gentes, por mas afflictivo que era el estado de Jesus, no por eso dejaban de insultarle: se arrimaban á él de cuando en cuando, y presentándole vinagre, le decian: pónete en salvo. La hora en que crucificaron al Señor fué casi la sesta, ó lo que es lo mismo, cerca de medio dia, y en esta misma hora el sol se oscureció y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona (2). La santísima Virgen y Madre traspasada de dolor estaba de pié cerca de la cruz, fijos los ojos en su amantísimo Hijo, y uniendo su voluntad á la de Jesus ofrecia con él al eterno Padre tan doloso sacrificio, tomando de este modo parte en la redencion de los hombres. San Juan Evangelista, las santas mujeres que habian acompañado á Jesus en su penosa carrera, y algunos de sus discípulos que se hallaban presentes á espectáculo tan tierno, cada cual, segun el afecto que al Señor tenian, se lamentaban y lloraban. Luego que Jesus fijó la vista en su tierna Madre y en el discípulo que junto á esta estaba en pié, que era San Juan, dijo á la divina Señora (3): Mujer, ahí tienes á tu hijo. Despues dijo al discípulo: Ahí tienes á tu madre. No llamó madre á la afligidísima Señora, sin duda por no acrecentar mas su dolor, pues ciertamente que si en las circunstancias tan tristes que Hijo y Madre se hallaban, hubiera pronunciado Jesus desde la cruz el dulce nombre de Madre, hubiera sido para la tiernísima Señora, á lo que yo entiendo, el mayor de sus dolores. Madre, pronunciar el Hijo, sin poder remediarle la Madre: llamarla Madre desde el patíbulo, siendo la misma inocencia. ¿Quién hay que graduar pudiera el dolor de una tal Madre? Solo Dios; y así lo graduó Jesus. No, no la llamó Madre, sino mujer ó cuando mas Señora, como algunos entienden. Lo cierto es, que lo que nuestro amantísimo Redentor quiso designar con estas palabras fué, que todos los cristianos, como hermanos que somos de Cristo, tengamos por Madre á la Virgen María, y la Señora nos tenga por sus hijos, y con efecto nos tiene. ¿Y cómo no, si se lo encargó así su santísimo Hijo? ¿Y cómo no, siendo como es Madre de misericordia? Madre nuestra es y será, si á imitacion de san Juan queremos reconocerla por Madre. ¿Quereis reconocerla vosotros, mis amados? Yo por mi parte la quiero. Si: María santísima es mi madre.

(1) S. Luc., cap. 23, v. XXXVIII.

(2) *Ibid.*, vv. XLIV y XLV.

(3) S. Juan, cap. 19, vv. XXVI y sigs.

Despues de esto (1), sabiendo Jesus que todas las cosas estaban á punto de ser cumplidas.... dijo: Tengo sed. Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre para los ajusticiados segun costumbre. Los soldados al momento empapando en vinagre una esponja, y envolviéndola á una caña de hisopo, se la aplicaron á la boca. Jesus luego que chupó el vinagre, dijo: Todo está cumplido. Llamando entonces (2) con una voz muy grande añadió: Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, espiró. Así murió Jesus, el hijo de la Virgen María, el deseado de las gentes, el esperado por los judíos, y tan atormentado por ellos, el verdadero Mesias, en una palabra, el hijo unigénito de Dios. Si: el Hijo del eterno Padre fué ofrecido en sacrificio, no obligado, sino por su voluntad, por amor al hombre, y aunque fué conducido á la muerte, no abrió su boca para quejarse, ni opuso resistencia alguna; guardó silencio delante de sus verdugos, como el corderillo que está mudo delante del que le esquila, segun la espresion de Isaias. Reflexionad ahora, mis amados, si tenemos motivos para amar á Jesus y á su santísima Madre.

Inútil fuera al presente aducir nuevas razones para convenceros de cuán importante nos es la fiel observancia de los divinos preceptos para hacernos dignos del amor de Jesus. Aun están resonando en vuestros oídos las palabras que nuestro Salvador decia á sus discípulos y en nombre de estos á todos nosotros en el sermón de la cena. De sí mismo dijo que era la vid y nosotros los sarmientos: que si con él estamos, daremos mucho fruto, y que sino seremos cortados y arrojados al fuego para ser quemados por inútiles. ¡Ojala que estas y demas advertencias que Jesus nos hizo, y yo en su nombre os he recordado, sean como la buena semilla de que nos hace mencion el Evangelio! (aquí le orador puede, etc.). ¡Quiera Dios que así sea! ¡Qué tenga efecto en nosotros la sangre derramada por Jesus! Amparenos su santísima Madre en todo tiempo y con especialidad en la honra de la muerte, para que muriendo en gracia, cantemos victoria con Jesus y María en la gloria. Amen.

(1) *Ibid.*, v. XXVIII.

(2) S. Luc., cap. 23, v. XLVII.